

Gila o la encarnación de la memoria

M. VÁZQUEZ MONTALBÁN

Barcelona tiene la inmensa suerte de poder presenciar las actuaciones de un artista irrepetible. **Gila** es el negativo de una época y en el futuro cualquier historiador de verdad tridimensional, total, tendrá que recurrir al testimonio de este artista genial. Hasta muy recientemente, la prudencia histórica aconsejó a Gila ocultar su pasado de joven voluntario del V Regimiento, de soldado perdedor de una guerra, al borde del fusilamiento, represaliado por el franquismo y obligado a una dura supervivencia hasta que salió una buena noche al escenario, en el marco de la compañía de revistas de **Virginia Matos**, y dejó boquiabierto al público cuando inició un extraño monólogo: "Cuando yo nací, mi madre no estaba en casa, se había ido a curar un orzuelo a Toledo...". Gila sublimaba así su angustia histórica mediante una ironía que le implicaba como perdedor, como había ironía de perdedor en sus historias de guerra, de disimulada guerra civil en la que los soldados casi compartían los cañones (los lunes, miércoles y viernes un bando; los martes, jueves y sábado el otro) "...y los domingos descansábamos y aquí estábamos un torero".

Gila provocaba una risa que salía de las entrañas de la España de la posguerra. Le ayudaba la agudeza de su propuesta verbal, pero también él mismo como elemento lingüístico. Esa figurilla frágil, de movimientos cansinos, desencantados. Ese rostro de pasmado histórico. Ese estar-apocado-en-el-mundo, como hubiera escrito **Heidegger** de haber asistido a los monólogos del lúcido caricato. A la construcción de ese personaje había llegado sin otra ayuda que la intuición, pero con el tiempo el artista ha ido aprendiendo su oficio, ha asumido la teatralidad, se ha hecho gestualmente más sabio y además el tiempo le ha suministrado la evidencia de que ya sólo le quedan muy pocas cosas importantes que perder. Para los que cono-



ALBERT RAMIS

Miguel Gila.

cieron aquel Gila desconcertante de los años cincuenta y sesenta, la ratificación de un gran artista del humor no puede ser una sorpresa. En cambio, sin duda lo será para los más jóvenes, malacostumbrados a un humor normalmente dirigido al cerebro del sur del cuerpo, salvo contadas excepciones entre las que incluso a **Tip y Coll**, como alternativa surrealista al realismo expresionista de Gila.

Valor de uso

El artista se ha convertido en la encarnación de una memoria colectiva, pero no de una memoria arqueológica, una memoria que sólo pueda pertenecer a los que como él hicieron la guerra o a los que heredamos directa o indirectamente sus consecuencias. La memoria que

Gila transmite es un valor de uso para hoy y para todos. Por el camino, Gila se ha enriquecido con sus contactos con los núcleos de teatro bonaerense, uno de los viveros teatrales más importantes del mundo, con o sin dictadura militar. Es más, a veces, el caricato ha abandonado su oficio y se ha entregado al aprendizaje de nuevas experiencias y a la fascinación por la magia controlada del teatro. La oportunidad de verle en acción alcanza todo su valor cuando se aprecia que la línea Gila tuvo imitadores, pero no continuidad. No es lo mismo. Y era imposible que tuviera continuidad porque el humor de Gila es el resultado creativo de una experiencia personal e intransferible. La máscara de Gila era la máscara de una España superviviente, en un mundo en el que la supervivencia adquiría todo su valor, después de tantas guerras civiles y mundiales y tantas ilusiones perdidas y aplazadas.

Desde aquel escepticismo original, Gila estuvo en condiciones de ser un precursor crítico de la España del *boom*, de todos los *boom*. Cuando el franquismo quiso enseñar sus crecimientos, promocionó un coche que parecía de latón y que no tenía ni capota ni marcha atrás. Ha sido el utilitario más miserable de toda la historia de la revolución industrial y se llamaba *biscuter*. Gila realizó entonces una caricatura genial de aquella monstruosa herramienta de placer, y para compensar la carencia de capota la sustituyó con la reivindicación de la boina. *Biscuter* y boina. Una vacuna contra el triunfalismo franquista que sentó muy mal en su tiempo, especialmente en el círculo de "damas de El Pardo", *lobby* poderosísimo que a veces impuso silencios a Gila, como impuso parches Sor Virginia en los escotes de **Rocío Jurado**.

Más acá de aquellas anécdotas, el Gila de hoy demuestra que el humor se convierte en arte cuando es, en definitiva, la máscara de la tragedia.